

ALEJANDRO CASONA

17 de setiembre. Ha muerto Alejandro Casona. La noticia nos llega a través de la T. V. Casona ha muerto. Se nos ha ido, casi sin sentir, un amigo, un insigne escritor, un hombre bueno. No lo esperábamos; no contábamos con esta desaparición prematura; pensábamos que, ligado nuevamente a sus raíces naturales, aún había de vivir algunos años inmerso en el bregar español. Pero la realidad se impone, y no cabe rebelarse: Casona ya no está entre nosotros.

La muerte del amigo nos ha acongojado como la de un familiar cercano y querido. Era amigo dos veces: por amistad y por dilección. Le sentimos como tal, aún antes de conocerle personalmente, desde el estreno en Madrid de "Nuestra Natacha", cuando éramos estudiantes. Mas dejando a un lado las vivencias personales, ¿qué representa la muerte de Casona en las letras españolas? Sin duda alguna, y pese a quien pese, constituye una gran pérdida: en la anteguerra supo dar, junto con García Lorca (cada cual a su manera), el empujón que necesitaba entonces nuestro teatro para ser renovado; en la actualidad era uno de los pocos dramaturgos valiosos que teníamos. Razones éstas más que suficientes para que la noticia de su muerte haya llenado de consternación a cuantos conocían y admiraban su limpia ejecutoria de dramaturgo y de español. En el ánimo de todos estaba que no perdíamos un autor más, sino uno de los mejores, internacionalmente conocido, que había paseado el nombre de España con gran dignidad por América, Asia y toda Europa, incluídas las naciones del otro lado del

“telón de acero”. Ante la muerte, el reconocimiento de esta gran verdad ha aflorado en unánimes elogios, quizá con una sola excepción.

Nació Alejandro Rodríguez Alvarez (Casona) en 1903 en Besullo (Cangas del Narcea). Hijo de maestros, a la enseñanza dedicó los primeros años de su juventud. A partir de 1937, fecha de su exilio, ha vivido del teatro y de otras actividades con él relacionadas. Sin embargo no dejó de la mano la pedagogía. Siguió practicándola con distinto instrumento: el teatro. En lugar de dirigirse a un grupo de niños, su campo se hizo más amplio y habló a los hombres; pero en el fondo es lo mismo: intento de hacer agradable la dura lección de la vida. He aquí su acierto, según unos; su desacierto, según otros. Lo que no cabe poner en duda es la sinceridad con que Casona ha seguido su derrotero. Ha sido fiel a sí mismo hasta su muerte, pues no hay que olvidar que los últimos años vividos en España le han sido duros —combatido por diversas razones—, y sin embargo ha defendido sin desmayo hasta el postrer momento su posición estética, a la que, naturalmente, creía tener derecho (1).

Un intento de síntesis de su vida pudiera ser éste: Lucha por la vida a pecho descubierto en su juventud; aceptación de la responsabilidad que en el hacer diario español de antes de la guerra le correspondía, con alegría y seriedad; veinticinco años de nostálgico y digno exilio; un regreso a la patria lleno de éxitos teatrales, restricciones múltiples y acibaradas críticas, y al fin el eterno descanso. La muerte se lo ha llevado dulcemente; mientras su esposa, doña Rosalía Martín —¡admirable esposa!—, corría las cortinas para dejar la habitación en tenue penumbra, la cabeza de Alejandro Casona se inclinaba suavemente, por última vez. Había llegado para él la “Dama del Alba”.

17 de setiembre. Día de luto para Asturias y para España.

A. PALACIO

(1) En un artículo próximo trataremos de explicar esta posición estética y la actitud de la crítica combativa.